

JOAQUÍN CAMPOS, *VEINTE BROTES*, SEVILLA, ESPUELA DE PLATA, 2017, 232 PP.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

Al estilo del mejor Hunter S. Thompson, desde ese lado salvaje de la vida y la literatura, entre la crónica y la tragicomedia, el esperpento y la crítica ácida, habría que preguntarse, al leer estos *Veinte brotes* de Joaquín Campos (Málaga, 1974), qué es real y qué ficción, qué ha inventado el autor y qué ha incorporado de su experiencia. Por lo pronto, en la primera hoja del libro, a modo de tres citas introductorias, nos advierte que «Todo lo que se cuenta en esta obra es literatura y vida.» «Salvo cuando el protagonista vuela, toda ficción se basa siempre en la más pura realidad. Y a veces, hasta volando.» Para rematar, con más humor, si cabe: «Posología: se aconseja tomar una sola dosis diaria de este libro bebido o bebiendo» (p. 7).

Recordemos que el «basado en hechos reales», por muy veraz que se

proponga, siempre se añade para aportar un plus de verosimilitud al relato, ya sea cuento o narración, poema, película, documental o drama teatral. Y resulta en todo punto infructuoso determinar qué es verídico, y cuáles son los esquejes ficcionales insertados, qué sucedió realmente, qué se pensó, qué te contaron, qué se fantaseó... Más incluso teniendo en cuenta el famoso texto de Sigmund Freud, «Recuerdo, elaboración y repetición» en el que –resumiendo muy mucho– al recordar no sólo imaginamos lo vivido, sino que lo volvemos a vivir, con todo lo que ello significa.

«*Veinte brotes* –como reza en la contracubierta– son veinte historias como brotes que desembocan en tallos o como brotes inicios de problemas psicóticos. La sociedad, nuevamente escrutada –y estrujada– para que

pensemos en los bordes que llegan a ser terraplenes. Porque la vida es una caída libre donde deberían tener cabida todos los riesgos. Las puertas que no se abren son la antesala del tumor. Mánchese si desea sentirse vivito y coleando». Con esta presentación nos introducimos en un libro frenético, desesperado, inteligentemente escrito –fruto de una intuición certera y una sabia y autodidacta formación, basada más en la práctica que en la teoría, pero no exento en ningún caso de esta– y con un ritmo trepidante, arrasador. Precisamente a través de ese ritmo, que es un trasvase de la vida a la literatura, y que luego la literatura nos devuelve en formato libro, desde el que se cuece todo, las historias absurdas y locamente cáusticas, la narración superpuesta de sucesos, las descripciones como pinceladas impresionistas, los monólogos de corte agridulce, los recuerdos como destellos y, en general, los relatos de un escritor que debe ganarse las habichuelas en la mayoría de sus ocasiones como chef en Asia, o dicho de otro modo, un chef que debe respirar todo su talento a través de la escritura, y que enmarca sus delirantes acontecimientos en veinte historias como veinte esquejes, fragmentos de una vida mucho más compleja en la que se nos invita a reflexionar. El ritmo, por tanto, se plantea como la primera característica de estos *Veinte brotes* de Joaquín Campos, y llama poderosamente la atención.

Arrastrados en nuestra lectura por ese ritmo, los detalles se suceden a modo de descripciones y telas

que van configurando una particular mirada discursiva en la que se tienen en cuenta muchas más cosas de las que aparentemente se dicen, por su particular decir. A partir de ese discurso –por ejemplo, se intercalan algunos recuerdos– llegamos a la crítica, ya que desde ahí mismo se realiza el análisis, como en «Depilación», donde, amén de criticar los años ochenta y designarlos como «culturalmente fatídicos» (p. 75), se repasa el sistema escolar español de finales del franquismo y principio de la democracia, poniéndolo en solfa. Una estructura, digamos de paso, en la que nunca se integró nuestro autor: «De aquellos años salí indemne. Entre otras cosas porque a los nueve o diez años decidí despojarme de las gafas, hecho éste que coincidió con mi interés por sentarme en la parte trasera de las aulas, desprovisto de capacidad alguna para leer lo que el profesor escribía en la pizarra, y que a su vez, fue cuando fui alejándome –precioso eufemismo– del día a día escolar simulando viajes espaciales o milagros inexplicables cuando el profesor explicaba las ecuaciones y yo volaba hacia el infinito» (p. 76).

De estirpe bukowskiana, a través de las descripciones se van intercalando, pues, opiniones, excursos, incisos, etc., y un gran sentido del humor que, como un ácido potente, corroe todo aquello que impregna. El realismo sucio de estos relatos ambientados en Asia por lo general –excepto la mayoría de los recuerdos, ciertos referentes sentimentales

o no sentimentales, como un decorado, y alguna otra anécdota—, en países como China o Camboya, no se halla exento de crítica y autocrítica («no sé qué manía gastan los viajeros en creerse que lo que ocurre allende sus fronteras nada tiene que ver con lo que acontece debajo de sus casas», p. 107), en medio de la miseria y la grandeza humanas, en locales sórdidos, habitaciones sin ventilación o en hoteles de lujo, entre ladrones y prostitutas, feministas de oenegés occidentales necesitadas de contacto masquista masculino («Violencia degenero», pp. 113-120), drogodependientes de las más duras y desconocidas drogas, chaperos, prolijas y abundantes escatologías («Beber orina», pp. 104-112, entre otros), casas de masajes con final feliz, homosexualidad, travestis y transexuales, y todo tipo de ambientes de frontera o queer, con la pulsión erotanática presidiéndolo todo, regado por buenos y malos vinos, los detalles y la sordidez de las aventuras del protagonista —que es el propio autor sin ambages— otorgan a estos *Veinte brotes* un sabroso gusto y un sabor inolvidable, de un escritor no habitual en nuestras letras y que está destinado a ocupar un lugar eminente, siempre desde los márgenes del sistema y del canon. ¡Pero qué lugar mejor desde el que divisar el panorama! No hay parangón en la narrativa española contemporánea.

Por último, y aunque esta reseña daría para largo, por la profundidad de la mirada narrativa de Joaquín Campos, y todo lo que se oculta tras estos relatos de supervivencia, que son vida pura trasvasada a la literatura, literatura pura extraída de la vida, y entre los mil y un detalles que podríamos citar de este asombroso libro de relatos, y muy recomendable *Veinte brotes*, el autor, desde su práctica literaria, se nos muestra consciente del arte que desarrolla, sus técnicas, la tradición, el lugar que ocupa en el campo literario, y por eso estos *Veinte brotes* es también un cierto cuaderno de lecturas y de autores, un dietario que deja preferencias y recomendaciones, como al poeta José Luis Parra (p. 112), el *Viaje en autobús*, de Josep Pla (pp. 10 y ss.), *Londres*, de Paul Morand (pp. 71 y ss.), y otros autores o libros, nombrables e innombrables, como por ejemplo en la página 52: «[...] por lo que caí en un profundo sueño cuando querría haber leído alguna página de un poemario previsible —no cito al autor para mantener las formas.», o este otro: «Esperando, me ofrecieron una revista de variedades, pero yo ya cargaba con otro poemario mejorable del que no citaré a su autor para que no quede señalado por el resto de los días» (p. 77). Sin duda alguna Joaquín Campos le dice al pan, pan, y al vino, vino. Pero sobre todo esto último.